

L A R U N

POR EDUARDO MAULEON

Hace ya un buen rato que el típico barrio de Jaun de Alzate, en Vera de Bidasoa, ha quedado muy atrás. Y hace también un rato que podíamos estar en la cumbre del monte Larun recibiendo la fresca brisa del Cantábrico, si no fuese por culpa de este horrendo sol agosteño, que deja caer todo el peso de su fuego sobre nuestros jadeantes cuerpos y nos fuerza a buscar alivio y reposo en cuanto descubrimos el más leve amago de una sombra.

Esto es lo que en pleno verano tiene esta tierra vasca que se asoma a la frontera. Uno se halla bajo los sugestivos efectos de que todos estos parajes de verdes y onduladas colinas y caseríos pintados de blanco desperdigados por ellas, han de llenar el paisaje de una frescura ideal, única. Que al caminar hacia esas cumbres moradas resultará tan suave como placentero.

Las montañas aquí son altas y los pueblos están muy abajo, en lo más hondo de los valles y en verdaderos agujeros. Los anchos caminos dejan de serlo cuando los prados quedan en la mitad de la montaña o quizá más abajo. Entonces vienen sendas que entre helechos, suben casi rectas, a la cumbre. Parecen hechas de piedra, con zig-zags cortos; como si se tratara de demostrar o justificar que hasta arriba del todo no merece la pena llegar.

Y todavía este esfuerzo, secundado admirablemente por la fuerza del sol, no parecerá más penoso, entrándonos un complejo abrumador, si cuando nos asomamos a la vertiente contraria vemos cómo un tren cremallera deja a los excursionistas en la misma cima de la montaña.

En la cumbre del Larun hay un Casino. O mejor, están las paredes y las tejas de lo que fue un Casino. Un incendio lo destruyó todo.

Esas azoteas resultan el balcón más grandioso que asomado el Sur de Francia se puede imaginar. La Costa Vasca está ante nuestros pies en toda su dimensión y maravilla. Irún, Fuenterrabía, Hendaya, Guetary, San Juan de Luz, Biarritz, Bayona. Toda la magnificencia y toda la hermosura y encanto del mar, de sus playas y rompientes; las montañas, los prados y caseríos de Urruñe, Askain y

Sara y muchos pueblos más que entre brumas se pierden en el interior de Francia, sintetizan en su conjunto, el cuadro más expresivo y bello que cabe pensar.

El cremallera eléctrico que sube de Saint Ignace, tiene su parada al pie del Casino. Cada viaje que realiza deja aquí numerosos grupos de excursionistas dispuestos a pasar unas horas en esta altura. Alborotadoras colegialas al mando de monjitas y chicas vestidas como si la playa estuviera al otro lado de la vía. Matrimonios con sus críos, cargados con bolsos de malla llenos de cacharros de cocina y barras de blanquísimo pan. Parejas de novios, sacerdotes, individuos solitarios y mujeres de cara rojiza que llevan pantaloncito corto.

Todos suben presurosos las escaleras que llevan a la cumbre y por ella se desparraman. Miran la deteriorada Mesa de Orientaciones y la más aún destartada estatua de Eugenia de Montijo.

Los españoles se van al bar a beber coñac o cerveza y los franceses acuden a las cantinas españolas para beber anís, vino dulce y adquirir «souvenirs».

Nuestros compañeros ofrecen sus botas de vino a las francesitas a las que se les enseña a beber con la bota muy alta, mirando al cielo. Claro que el vino no les va por donde lógicamente ha de ir, sino que les cae a la cara, les salpica y les pone sus blusas hechas una verdadera pena. Pero eso carece de importancia. Lo interesante en estos casos es reír. Que es lo que verdaderamente vale. Ellas desde luego son las que más ríen.

Hace rato que el cremallera se ha llevado a los últimos excursionistas. Las luces de las ciudades y de los pueblos se han encendido. Millares de luces se han desparramado por toda la extensa llanura francesa. El faro de Biarritz envía destellos al mar perdido en la noche. Otro panorama distinto, fantástico queda bajo la mole, ahora solitaria, del monte Larun.